

Enzensberger, Magnus Hans, Contribución a la crítica de la ecología política, México, Universidad Autónoma de Puebla, Escuela de Filosofía y Letras, 1976, 64 pp.

Desde su surgimiento como subdisciplina de la zoología, en 1868, la ecología ha venido sufriendo una serie de transformaciones que han dejado muy poco de lo que se consideraba su campo original de acción. La ecología humana moderna, a juicio del autor, no es una disciplina científica, sino un híbrido que para solucionar su problema ha recurrido, de manera desordenada, a toda una gama de especialidades que van desde la bioquímica hasta la sociología, que dificultan la elaboración de una metodología adecuada y que la convierten, por incluir en su temática de estudios al hombre y su sociedad, en terreno fértil para el desarrollo de la ideología y la inserción de intereses político-económicos.

Las raíces de este debate —considera Enzensberger— se hallan matizadas por un claro interés clasista. No es, señala, sino hasta que el problema de la contaminación sale de las fábricas y los barrios obreros, para ensuciar las playas y contaminar el aire que respira también la burguesía, cuando la polución adquiere su carácter apocalíptico, y es por esto que el fin de la hegemonía burguesa sobre el planeta es concebido también como el fin de la historia humana; es ésta la razón del poco interés que sobre el problema tiene la clase obrera organizada.

La difusión poco responsable que del problema han hecho los medios de comunicación masiva ha servido para iniciar una campaña de pánico colectivo que azusada por el espantajo del neomalthusianismo, las hipótesis no comprobadas del Instituto

Tecnológico de Massachusetts tomadas como verdades y los llamados al retorno a una sociedad autorregulada, agraria y de austeridad, han colocado a los movimientos ecológicos, embriones de lucha anti-capitalista y organización popular, en manos de un estado tecnócrata o reformista.

En el análisis de Enzensberger desfilan las posiciones de los tecnócratas que pretenden globalizar el problema, a través de la conocida metáfora de la Nave Espacial Tierra, sin diferenciar entre marinos y capitanes; de aquellos que pretenden descargar el peso de la crisis ecológica no sobre los causantes, sino en quienes la han soportado; la posición del nuevo complejo ecológico-industrial que ha sacado ganancias de la contaminación que ha causado, y la de los grupos ecologistas que tienen como fin canalizar la indignación de los asalariados respecto de las miserables condiciones de vida, es decir, asegurar la paz social y dar la impresión de que la población toma parte activa en el proceso de planeación del medio ambiente.

Ante este debate la izquierda no deberá conformarse con culpar de todo al capitalismo en general, en abstracto, sino pugnar porque se frene el saqueo y desperdicio de las reservas naturales de energéticos y minerales estratégicos, del agua y las áreas cultivables, para que termine el despilfarro de los recursos de la humanidad, por que se cumpla con el proyecto de Marx: la reconciliación del hombre con la naturaleza, y para que no sea la escasez y la lucha por la supervivencia, en condiciones muy desfavorables, el legado de los que prometieron una revolución que nunca realizaron por desatar no sólo grandes fuerzas productivas, sino también su contraparte: inmensas fuerzas destructivas.

Francisco Javier Olavarría P.